

STROMATA (antigua CIENCIA Y FE)

Facultades de Filosofía y Teología

Universidad del Salvador

San Miguel (Pcia. de Buenos Aires), Argentina

DIRECCION

DIRECTOR: MIGUEL ANGEL FIORITO S.I.

Consejeros: V. Marangoni S.I., J. C. Scannone S.I., R. Delfino S.I., E. Laje S.I., J. H. Amadeo S.I.

SECRETARIA DE REDACCION

Secretario de Redacción: M. A. Moreno S.I.

SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Secretario: M. A. Moreno S.I.

SUSCRIPCION ANUAL (a partir de 1977)

15 Dólares en América Latina

18 Dólares en los demás países

NUMERO SUELTO

5 Dólares el número simple (10 Dólares si es doble) para todos los países fuera de Argentina

Se puede adquirir en las siguientes librerías:

Del Instituto de Cultura Religiosa Superior (Rodríguez Peña 1052)
Paulinas (Callao 325)

VIDA Y MUERTE. LA UNIDAD DEL LENGUAJE TOTAL, SEGUN ORIGENES

por A. EDWARDS, S.J. (Santiago, Chile)

INTRODUCCION

Orígenes (185-254) ha llegado hasta nosotros como el primero de los grandes pensadores eclesiales especulativos. Ante lo que queda de su obra, palidecen y se encogen a una dimensión cuasi popular los escritos de su contemporáneo Clemente de Alejandría (150-215). Ambos trasuntan una cultura exquisita, extensa, vibrante con las grandes inquietudes de su época. Ambos están orientados por la misma preocupación de darle a la Buena Nueva de Cristo el lugar que le corresponde, dentro de ese diferenciado y bullente mundo cultural helénico. Desde la obra de ambos, se sienten las pulsaciones de la literatura helénica, donde se encuentran y entroncan tradiciones griegas, orientales y egipcias. Aún cuando ambas obras irradian un aliento especulativo —y de ambas nos ha llegado una parte incompleta— los desarrollos de Clemente permanecen más fragmentarios, su unidad vertebral más tenuemente acuñada, más perdida en la diversidad.

La unidad de la obra de Orígenes se impone a través de cada período de sus desarrollos. Unidad riquísima, compleja, desconcertante para un Occidente post-ilustrado, matematizado, mecanizado.

El estilo de Orígenes ausculta y recoge todos los palpitos de vida a su alcance. Ni siquiera frente a la "magia" excluye la posibilidad de que sus cultores hayan recibido de sus mayores ciertas fuerzas vinculadas a las palabras.

Sereno, transido por una pasión de síntesis, el estilo de Orígenes ha sufrido, en el curso de la historia, el sino de las grandes visiones especulativas; *no ha dejado indiferentes a quienes tuvieron acceso a él*. Pero las más de las veces tal síntesis ha quedado oculta tras una etiqueta, que apenas retiene la significación material de algún trozo de su obra, desarticulado de la unidad de su visión total.

El título *Vida-Muerte en Orígenes* podría insinuar que se reitera aquí la parte que atañe a Orígenes de un artículo publicado en *Revista Universitaria*, n. 2 (1979). No es así.

Intentamos proponer aquí algunas líneas de fuerza de su

visión total. Este propósito hace de la presente exposición más bien un *programa de trabajo*, que un desarrollo acabado.

Orígenes no sólo está absorto en la Unidad capaz de contener y conciliar a todos los contrarios de la compleja realidad manifiesta a la cultura de su tiempo. Es capaz de emprender, además, la tarea de formular esa unidad en un momento crucial para la Iglesia.

Se ha debatido ampliamente el proceso de "helenización" del evangelio de Cristo. No han faltado quienes —por absolutizar el momento de contraposición entre "evangelio" y "helenismo"—, oscilaron entre uno y otro de ambos polos opuestos.

"El evangelio pierde su identidad más propia, a fuerza de concesiones, en su proceso de adaptación" —dictamina una de las tendencias. Mientras para la otra es el helenismo quien pierde su identidad más propia, aún cuando permanezca su fachada, su apariencia.

Tales diagnosis histórico-teológicas quedan prisioneras entre los polos contrapuestos —que su modo de pensar reflexivo ha fijado previamente— como sólidas y mutuamente impermeables en lo que tienen de más propio. Partiendo del supuesto hermenéutico de esta contraposición, deberá seguirse inevitablemente que cualquiera de los momentos de un encuentro entre ambos polos significa la disolución, la "pérdida de pureza" primigenia de uno de ellos. O, en el mejor de los casos, la aniquilación del uno, absorbido por el otro.

Para esta óptica reflexiva que perenniza los polos de una contraposición —porque no ve otra posibilidad ordenada, científica, de movimiento, sino la abierta a una previa fijación de los contrarios, que luego la reflexión histórica circunscribe en todos sus pliegues y matices— Orígenes es un autor heterodoxo. Su obra ofrece un registro inagotable, fantasioso, sorprendentemente rico, de confusiones y mezclas. Para esta perspectiva, la obra de Orígenes patentiza, de hecho, nada más que un helenismo hilvanado con el evangelio, o un evangelio barnizado y recortado a la medida del helenismo, o un helenismo maquillado con retoques de evangelio.

No se trata aquí de refutar los hallazgos producidos por esta perspectiva hermenéutica reflexiva, ni de "limpiar de todo error" la obra de Orígenes. Algunas constataciones hechas por esta perspectiva reflexiva son irrefutables. Sólo la conclusión desprendida de tales constataciones pone de manifiesto la distorsión de la imagen conjunta, recogida por esta óptica. Orígenes entendió la Buena Nueva del Evangelio, y la plasmó en su obra, con una fuerza que aún apela y conmueve. Pero la plasmó en una época, con re-

curso muy diferentes a los de épocas posteriores, más de medio siglo antes del Concilio de Nicea (año 325). Todo estaba por hacerse. El lenguaje para formular una intelección coherente de la Buena Nueva, de manera que alimentara la fe, en la vida concreta de la comunidad creyente —cada vez más diversificada y numerosa— necesitaba ser acuñado, sin desvirtuar sus verdades fundamentales.

Se requería un espíritu amplio, inquieto, profundo, dotado de la cultura y el coraje imprescindibles para formularla por escrito, atento siempre al sentido viviente de la predicación apostólica. Orígenes está constantemente preocupado por interpretar a la luz de la tradición eclesial.

Este breve esbozo de algunas líneas de fuerza que vertebran su obra, contempla tres puntos:

1. Palabra y vida en el hombre y en el creyente.
2. La letra y su espíritu.
3. Un único lenguaje de vida y salvación para toda creatura inteligente.

1. PALABRA Y VIDA EN EL HOMBRE Y EN EL CREYENTE

Para el medio cultural contemporáneo a Orígenes, la vida humana se autointerpreta aún como entretrejida dentro de un horizonte unido, en todos sus cabos, con lo divino. El tradicional contexto cultural griego, mantiene en este punto su vigencia¹.

Sin embargo, la *filosofía* naciente había desencadenado una crisis en esta autoconciencia. La especulación de sus grandes maestros —al poner en la mira de la atención a la unidad que vertebra el saber— sacó a luz el desnivel insostenible al que había descendido la conciencia religiosa popular.

El Fundamento unitario último, presagiado de una u otra manera por la visión especulativa de los grandes filósofos, desacreditaba como insostenibles las interpretaciones corrientes de la conciencia religiosa de ese pueblo, tan cuidadoso de su magnífica tradición cultural. Esa vigilancia celosa de su tradición había obstaculizado la difusión del naturalismo estoico, que centró sus esfuerzos de acomodación en el terreno ético y médico, recurrien-

¹ Remito a mi trabajo, *Fe Cristiana y cultura helénica*. Teología y Vida 1978, que explora más este tema.

do también —como el platonismo y pitagorismo— a la interpretación alegórica de las tradiciones.

Pero la crisis cultural, el desconcierto religioso y la consiguiente dispersión en pequeñas sectas, estaban ahí.

En ese contexto cultural, Orígenes da forma a su obra.

Ya puede servirse no sólo del nombre que designa la unidad de sentido: el *logos*, la palabra. Juan el evangelista había acuñado ese nombre para designar al Hijo Unigénito de Dios. Un nombre que la tradición filosófica griega había puesto en el centro de su atención, para determinar con rigor la contextura de lo que es.

Escribe Orígenes en su comentario al evangelio de Juan: “La palabra de Dios, que estaba en el principio ante Dios, no es en toda su plenitud una multitud de palabras (polylogía); pues no es palabras, es una sola palabra, que abarca el máximo de ideas (*pleinōn theōremátōn*), de la que cada idea es una parte de la Palabra en su totalidad (*toū hólou lógou*)”².

En cuanto a las palabras que le son ajenas —prosigue Orígenes— ellas son cada una una “palabras”, i.e. en plural.

“En ninguna parte se encuentra la unidad, en ninguna parte la armonía y el uno; sino que a causa de sus disensiones y de sus luchas, lo uno ha desaparecido de su medio y ellas se han tornado en números indeterminados (*arithmoi ápeiroi*); por lo que podemos decir que quienquiera tiene propósitos extraños a la piedad (*theosebeías*), multiplica las palabras, mientras quien expone la doctrina de la verdad, aún cuando diga todo hasta el punto de no omitir nada, sólo pronuncia una sola palabra...”³.

La naturaleza de esta palabra única, no está confundida ni coincide con la multiplicidad de sílabas y palabras. Conforme a una tradición cristiana más antigua, Orígenes alude al siguiente versículo del Ps. 45: “Mi corazón exhaló una palabra buena”⁴.

Al explicar este versículo, Orígenes descarta cualquier interpretación panteísta, que confunda la unidad de esa única Palabra con la multiplicidad: “...ellos piensan que el Hijo de Dios es una expresión del Padre, que se encuentra, por así decirlo, en las sílabas, y según este punto de vista, si los interrogamos con

² Origène, *Commentaire sur S. Jean*. Sources Chrétiennes, Cerf 1966 T. I Lib. V.V. En adelante, sólo citaré el tomo y mayores especificaciones a partir de ahí. La traducción castellana es mía.

³ *Ibid.*

⁴ Ps. 45,2.

La tradición cristiana veía en este versículo una alusión a la generación divina del Verbo por el Padre Cf. Justino, *Dial.* 38,6.7; Teófilo de Antioquía, *Ad Autol.* II,10,6; Tertuliano, *Adv. Praex.* 7.

precisión, ellos no le atribuyen una existencia distinta ni determinan claramente su naturaleza —no digamos tal naturaleza o tal otra, pero ni siquiera una naturaleza cualquiera”⁵.

Esta Palabra única proviene del *corazón* de Dios Padre. También aquí es preciso descartar malentendidos. Podría imaginarse que “el corazón es una parte de Dios, tal como lo es en nuestro cuerpo. Pero es preciso recordarles, que así como cuando se habla de una mano, de un brazo, de un dedo de Dios, nosotros no adherimos nuestro pensamiento a la expresión literal... así también se debe interpretar ‘el corazón de Dios’ como el poder de su inteligencia y su poder de dirigir el todo, y su ‘palabra’ como el mensajero de aquello que está en ese corazón”⁶.

Esta interpretación tan amplia de lo que designa “corazón”, se encuentra corroborada por muchos otros textos de Orígenes. Comentando otro salmo, el alejandrino explica: “si el *corazón* es aquello que hay de espiritual (*dianoetikón*) en nosotros”⁷. En otro pasaje se lee: “...en medio de todo el cuerpo se encuentra el corazón y en el corazón la razón que guía (*to hegemonikón*) al hombre”⁸. Y más adelante: “...porque sois seres razonables (*logikous*), pues está demostrado que la facultad que dirige (*to hegemonikón*) al hombre está situada en medio de todo el cuerpo y se encuentra en el corazón, según la Escritura. Aquellos, pues; que poseyendo el verbo en medio de ellos, no comprenden nada de su naturaleza, ni el origen y el principio del que procede, ni la manera como subsiste en ellos, aquellos lo tienen en sí sin conocerlo”⁹.

Es en este centro espiritual donde se manifiesta la *imagen de Dios* según la cual ha sido hecho el hombre, y por eso, su vinculación con Cristo. De ahí que, al citar 1Cor. 11,3 (la Cabeza del hombre es Cristo), Orígenes afirma:

“El principio pensante está en Cristo” (*tò dianoetikón*)

⁵ *Op. cit.*, tomo I, Lib. I, 24 n. 151.

La expresión empleada por Orígenes para designar “existencia distinta” es *hypostasis*. Orígenes le da a esta palabra alcances diferentes, según el texto. En Lib. II,75, la expresión *treis hypostaseis*, referida a las tres Personas divinas, tiene la significación que luego acuñará el Concilio de Nicea. Para “naturaleza” emplea Orígenes en el texto arriba citado, la expresión *ousía*.

Orígenes comenta más ampliamente este versículo del salmo en Lib. I nn. 280-287.

⁶ *Op. cit.*, Lib. I,38 n. 282.

⁷ *Op. cit.*, Lib. I,30 n. 206.

⁸ *Op. cit.*, Lib. II,35 n. 215.

⁹ *Op. cit.*, tomo II Lib. VI,38 nn. 189s.

estín en Xristō)¹⁰. Y es que no sólo todo fue hecho por Cristo, sino que El hizo al hombre según la imagen de quien es “imagen del Dios invisible”. El hombre fue hecho imagen racional (*logiké*), pues fue hecho según el *lógos*, la única Presencia (*Imagen*) de la Sabiduría invisible del Padre: “Cuando Dios hizo al hombre, al principio, ‘lo hizo a su imagen y semejanza’; no le imprimió esa imagen del exterior, sino en su interior”¹¹.

Y prosigue: “El artesano de esta imagen es el Hijo de Dios. Artesano de tal valor, que su imagen puede ser oscurecida por la negligencia, pero no destruida por la malicia. La imagen de Dios permanece siempre en vosotros, aun cuando superpongáis por vuestra propia cuenta aquella (imagen) del ‘hombre terrestre’...”¹².

Se trata de una imagen dinámica, y por lo tanto, de un “*logos*” capaz de escribir: “Y bien, está el sello que Dios escribe, y está aquel que nosotros mismos escribimos...”¹³.

Más adelante aduce Orígenes el texto de 2Cor: “Evidentemente sois una carta de Cristo... escrita no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne del corazón”¹⁴.

Sacar a luz esta imagen dinámica con la escritura de la propia vida, es tarea de cada hombre, similar a la de Isaac cuando cava un pozo, separando la tierra de la letra, hasta llegar a la roca interior, donde está Cristo que dice: aquel que cree en mí, ríos de agua viva saldrán de su pecho (Jn. 7,38). Este texto, clásico en la devoción al Corazón de Jesús, vuelve reiteradamente en los comentarios de Orígenes.

La homilía 12 sobre los *Números*, trata ampliamente *el tema del pozo*, a propósito de Num. 21,16ss.¹⁵. Nos referiremos más adelante a ese pasaje.

La manera de llegar a la roca de aguas vivas, es *la comunicación viviente* con Cristo, en la obediencia de la fe. Es una comunicación desde el interior mismo del corazón. Refiriéndose a Balaam, que profetiza lo contrario de lo que deseaba, dice Orígenes: “El (Dios) puso su palabra en la boca de Balaam, aunque su corazón no pudo recibir la palabra de Dios”¹⁶.

¹⁰ *Entretien d'Origène avec Héraclide*. Sources Chrétiennes, 1960 20,23.

¹¹ *Homélies sur la Genèse*. Sources Chrétiennes, 1944, hom. XIII,4.

¹² *Ibid.*

¹³ *Ibid.*

¹⁴ 2Cor. 3,3.

¹⁵ Núm. 23 y 24.

¹⁶ *Homélies sur les Nombres*. Sources Chrétiennes. 1951, XV, 2.

Y explica que Balaam tenía la pasión del lucro, haciendo toda clase de concesiones al rey Balac. A continuación, adelanta la muerte de Balaam, “por la espada”¹⁷, para concluir: “Nos hemos anticipado un poco sobre estos sucesos, para mostrar que Balaam no ha llevado la palabra de Dios en el corazón, sino solamente en la boca. En todo caso, él pronuncia sus palabras, sus discursos, según la Palabra de Dios; sus palabras son, así, palabras de Dios”¹⁸.

Ahora bien, es muy importante advertir el hilo discursivo que da coherencia a estas explicaciones. Orígenes enfatiza que la obra de la creación es obra personal llevada a cabo por el Verbo de Dios, según los designios del Padre. Por eso también está presente su “*hypóstasis*” en todo el universo: “Su *hypóstasis* está esparcida por todo el universo en las almas espirituales (*katà tês psyjês tàs logikás*)”¹⁹.

Dado que el *corazón*, desde donde escribe el hombre en su vida, es un centro inteligente, es preciso aplicarse a la lectura para encontrar *el sentido de Cristo* en todo el universo: “Y nosotros —según la palabra del apóstol Pablo— ‘apliquémonos a la lectura’, para que podamos... ‘recibir el sentido de Cristo’ y conocer ‘lo que Dios nos ha dado’. Aquello que nos ha sido dado como alimento, no lo hagamos alimento de ‘puercos’ o de perros, sino transformémoslo para hacernos capaces de recibir en el asilo de nuestro corazón al Verbo Hijo de Dios, que viene con su Padre y que quiere hacer en nosotros su morada en el Espíritu Santo, de quien debemos ser ante todo el templo, por nuestra santidad”²⁰.

En esta Homilía sobre el Génesis, Orígenes decanta con claridad la diferencia entre el alimento de los animales —que anima sus pasiones, aquellas que están ordenadas a su subsistencia natural— y el alimento del hombre. Este alimento es el *deseo*. Lo que atrae al deseo, es un alimento que no puede alimentar la pasión animal, porque es de índole diferente. Orígenes no niega que el hombre tenga pasiones corpóreas. Pero ellas *están sujetas al deseo*: “Porque cuando ‘nuestra alma desea y se agota suspirando por el Dios vivo’, nuestro alimento es el deseo. Pero si ‘miramos con deseo’ una forma extranjera o si codiciamos ‘el bien del prójimo’, el deseo se convierte en alimento bestial”²¹.

Sin embargo, Orígenes no sólo señala a Jesús como única

¹⁷ Núm. 31,8.

¹⁸ Sur les Nombres, *Ibid.*

¹⁹ Sur Jean T. I Lib. II, 35 n. 215.

²⁰ Sur la Genèse, I,17.

²¹ *Ibid.*

Palabra del Padre, y único alimento de Vida, sino también caracteriza a las Escrituras como *un solo libro*. Explica que no entiende "libro" en el sentido usual. De ahí que la Escritura toda entera es *un libro*, que trata acerca de Cristo: "En efecto, se hace mención de El en el Pentateuco, se trata de El en cada uno de los profetas, en los salmos y, en una palabra, como el mismo Salvador lo dice, en todas las Escrituras, a las cuales nos remite diciendo: "Ustedes escrutan las Escrituras, porque piensan encontrar ahí la vida eterna; y son ellas las que dan testimonio de mí. Pues si El nos remite a las Escrituras, porque ellas dan testimonio de El, entonces no remite a ésta y no a aquélla, sino a todas aquellas que lo anuncian, y que en los salmos, El llama el rollo del libro, diciendo: 'en el rollo del libro se trata acerca de mí'... No obstante, El llama a todas (las Escrituras) un solo rollo, porque todo *lógos* que nos ha llegado acerca de El, está recapitulado en un solo todo"²². En favor de esta "unicidad del libro divino" aduce Orígenes también el pasaje de Ex. 32,32, donde Moisés intercede ante Yahveh a favor del pueblo: "Si perdonas al pueblo su pecado, perdona; si no, bórrame de tu libro, que Tú has escrito".

Por eso toda la Escritura requiere del Verbo para cerrar y para abrir²³. Y también el Evangelio es uno en su significación, pues es Único aquel que muchos anuncian, aun cuando esté hecho de cuatro textos²⁴.

2. LA LETRA Y SU ESPIRITU

En los fragmentos del libro quinto de su comentario al evangelio de San Juan, conservados en la *Filocalia*, Orígenes se ha planteado el sentido que pueda tener escribir tantos libros, siendo así que es uno solo el libro de la vida. Conforme a su estilo característico, cada uno de los pasos de su argumentación en contra o en pro de este trabajo suyo, parte de la consideración de algún texto de la Escritura. El primero que retiene su atención, está en el epílogo del Eclesiastés: "Hijo, guárdate de multiplicar los libros..."²⁵.

Luego considera también el siguiente texto de los Proverbios: "En una multitud de palabras, tú no evitarás el pecado; controlando tu lengua, serás sensato (*noémon*)"²⁶.

²² Sur Jean, *op. cit.* Lib. V,VI.

²³ *Op. cit.*, V,VII.

²⁴ *Ibid.*

²⁵ Coh. 12,12.

²⁶ Prov. 10,19.

Entonces se pregunta Orígenes, si acaso la multitud de palabras consiste en decir muchas cosas, cualesquiera sean, aún cuando se tengan propósitos santos y salvíficos. Pero entonces, ni el mismo Salomón evitó el pecado —prosigue Orígenes—, y agrega: "¿Cómo puede una enseñanza (*didascalía*) obtener un resultado, sin multiplicar las palabras, en el sentido más simple del término, siendo así que la misma Sabiduría dice a quienes se pierden: 'He prolongado mis discursos (*lógous*), y vosotros no los habéis tomado en cuenta'? Pablo parece haber prolongado su enseñanza desde el amanecer hasta la media noche, cuando Eutychos, sumido en un profundo sueño, cayó y turbó a los oyentes, que lo creyeron muerto"²⁷.

Más adelante se pregunta qué libro vio el autor del Apocalipsis, escrito por dentro y por fuera, y sellado. Nadie podía leerlo ni romper sus sellos, sino el león de la tribu de Judá, el retoño de David, aquel que tiene la llave de David, que abre lo que nadie cerrará, y cierra lo que nadie volverá a abrir: "Toda la Escritura está significada por este libro: escrita por fuera, a causa de su sentido obvio, y (escrita) por dentro, a causa de su sentido secreto y espiritual (*pneumatikón*)"²⁸.

Una vez esclarecido el sentido de la "unicidad" del libro y de la "multiplicidad" de libros y palabras, agrega Orígenes: "...yo estoy en adelante más atento a no contravenir el mandamiento, no por la multitud de los escritos, sino por el valor de las ideas, de manera de no profesar como verdad —en ninguna de mis obras— alguna cosa contraria a la verdad; porque entonces yo habría escrito muchos libros. Pero siendo así que bajo el pretexto de ciencia (*gnóseōs*), los heterodoxos se rebelan contra la santa Iglesia de Cristo y producen tratados, formando una multitud de libros, que prometen una explicación de los escritos evangélicos y apostólicos, si nosotros guardamos el silencio y no les oponemos la doctrina verdadera y salvífica (*tà alethè kai hygiè dōgmata*), ellos se adueñarán de almas ávidas, que por falta de un alimento salvífico tomarán con entusiasmo esos alimentos prohibidos, verdaderamente impuros y abominables. He aquí por qué me parece necesario que si alguno puede defender —y sin falsificarlo— el pensamiento de la Iglesia (*toū ekklesiastikou logou*), y confundir a los partidarios de la pretendida gnosis, que él se imbuya —para oponer a las invenciones de los heréticos— de la sublimidad de la predicación evangélica, toda ella llena de

²⁷ Sur Jean, *op. cit.* V,IV.

²⁸ *Op. cit.*, V,VI.

la armonía de las doctrinas comunes al Testamento llamado antiguo, y a aquel que es llamado nuevo...".

...He aquí, me parece, lo que tenía que decir en defensa de aquellos que son capaces de hablar y de escribir. He hablado por mí, (con temor) de que, al no tener las facultades requeridas para aquel a quien Dios ha cualificado para ser ministro de la nueva alianza, no de la letra, sino del espíritu, me haya puesto a dictar con demasiada temeridad"²⁹.

Hemos hecho esta larga cita textual, por la importancia de los temas a los que alude. Los fragmentos conservados de este libro V de su comentario al evangelio de Juan, ponen de manifiesto la hondura crítica de este genio especulativo.

Orígenes se ha preguntado si acaso vale la pena escribir tantos libros, cuando el Libro de la Vida, donde está todo lo necesario para encontrar la verdad, ya está ahí: la Escritura. Su misma labor es puesta bajo la lupa crítica, y sometida a un profundo debate.

El resultado de este cuestionamiento es una presentación sintética de su perspectiva hermenéutica. Es cierto, hay muchas palabras. Pero ellas son la letra imprescindible e inseparable para alimentarse del único libro de la vida, de su única verdad. La cualidad salvífica de este libro de la vida no está en un simple procesamiento de sus múltiples palabras, de su letra, sino en el Espíritu que lo unifica y le da coherencia. Ahora bien, de esta unidad inseparable de la verdad acuñada en el Libro de la Vida, desprende Orígenes la perspectiva hermenéutica unitaria de su procedimiento exegético. La significación que explique a partir de cada texto, deberá buscar el punto de interna sintonía con todos los textos de la Antigua y Nueva Alianza: ése es el contexto total capaz de darle a cada palabra de la Escritura su significación válida: "Se trata de abordar toda la Escritura como un solo cuerpo, sin quebrar ni cortar los lazos, tan fuertes y vigorosos, que hacen la armonía de todo el conjunto —lo que hacen aquellos que, en tanto depende de ellos, rompen la unidad del Espíritu que sopla en todas las Escrituras"³⁰.

Al dar en el primer libro de su comentario al evangelio de Juan una definición de lo que la palabra "evangelio" significa,

²⁹ *Op. cit.*, V, VIII.

³⁰ *Sur Jean, op. cit.*, T. 2, Lib. X, 18, 107.

Refiriéndose a la manera como tratan los herejes a las Escrituras, escribirá Orígenes: "...no tienen en cuenta el acuerdo (tên symphonian) entre los relatos de las Escrituras, desde el principio al fin" (*op. cit.*, Lib. X, 42, 290).

Orígenes explicará que, con la venida de Cristo, los libros veterotestamentarios todos se tornan en un evangelio: "Porque El ha venido y porque El ha realizado la encarnación del Evangelio, el Salvador ha hecho —por el Evangelio— de todo, como un Evangelio"³¹.

"Así pues, antes del evangelio que tuvo su nacimiento con la venida de Jesucristo, ninguno de los escritos antiguos era un evangelio. Pero el Evangelio, que era una alianza nueva, habiéndonos rescatado de la vetustez de la letra, ha hecho brillar en la luz del conocimiento (*tō fōti tēs gnōseōs*) la novedad jamás envejecida del Espíritu, novedad propia de la alianza nueva, y que estaba depositada en todas las Escrituras. Era preciso entonces que el Evangelio, creador de aquello que se llama evangelio, también en la vieja alianza, fuese designado de manera especialísima como 'el evangelio'³². Ya aludimos a la homilía 12 sobre el Libro de los Números, en la que Orígenes ejemplifica la tarea de la vida humana, con el trabajo de cavar un pozo, separando la tierra de la letra, hasta llegar a la fuente de aguas vivas. Son verdaderos reyes, quienes emprenden esta tarea y llegan a las aguas vivas.

"Los apóstoles, en efecto, son por excelencia los reyes de las naciones: ellos las han reunido en la obediencia de la fe y han abierto a todo el mundo la ciencia de Cristo 'en quien están los tesoros escondidos de la sabiduría y de la ciencia de Dios'; recorriendo el mundo, siguiendo la recomendación del Señor y ejecutando la orden que les había dado, 'de instruir a todas las naciones' y de 'bautizar en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo'; así han cavado el pozo, i.e.: han revelado la ciencia y la han llevado al conocimiento de todas las naciones".

"Este libro que tenemos entre manos, esta lección que nos ha sido leída, son ellos mismos un pozo; al mismo tiempo que ellos, toda la Escritura, la Ley y los Profetas, los escritos evangélicos y apostólicos forman juntos un solo pozo, que no se puede cavar ni desenterrar, si no se encuentra a reyes y príncipes. Porque es preciso considerar como verdaderos reyes y verdaderos príncipes a quienes pueden desencubrir la tierra de los pozos, i.e. sustraer la superficie de la letra, y hacer brotar de la 'piedra' interior, donde está el 'Cristo', los sentidos espirituales, como un agua viva"³³.

³¹ *Op. cit.*, I, 6, 33.

³² *Op. cit.*, I, 6, 36.

³³ *Sur les Nombres. Op. cit.*, hom. 12, 2.

3. UN UNICO LENGUAJE DE VIDA Y SALVACION PARA TODA CREATURA INTELIGENTE

Entramos en un tema medular del pensamiento de este gran alejandrino. La explicitación de este tema del *único lenguaje* para toda creatura inteligente —esparcida en múltiples textos, desarrollada a diversos niveles de óptica, le da a la obra exegética de Orígenes esa coherencia compacta y sistemática, que sólo la especulación es capaz de lograr. Recién a la luz de esta concepción total del *lenguaje*, se vertebran y ordenan las ideas de este teólogo genial. Quien no pone en su mira este centro de perspectiva especulativo, que vertebra toda la obra de Orígenes, se incapacita para avanzar un juicio crítico sobre la misma.

Sin duda, la obra que nos queda de Orígenes tiene muchos datos equivocados. Consiguientemente, muchos de sus argumentos —por ejemplo sobre la antigüedad del texto sagrado, respecto de otros textos— carecen de validez. Otro tanto puede decirse de su antropología, y de ciertos desarrollos teológicos. Por ejemplo, el tema de la preexistencia de las almas espirituales, de manera que recién en un momento ulterior a su existencia, la Providencia Divina hubiese dispuesto su envío para animar a cuerpos siderales, a cuerpos humanos o hubiesen quedado como ángeles³⁴.

No obstante, pese a los muchos errores de información o de interpretación que puedan establecerse, la obra de Orígenes es el primer gran esfuerzo de interpretación sistemática —y por tanto especulativa— de la Buena Nueva, en la época post-apostólica, que ha llegado hasta nosotros. Obviamente debemos desprendernos —para reconocer ese hecho— de cualquier identificación de la significación “sistemático” con un orden matemático cartesiano o como sea.

Lo que mantiene actualidad intacta, es la *concepción del lenguaje y de la vida*, en la obra de Orígenes. Se trata de una *concepción total*, y por ende, surgida desde una *visión de la unidad*.

Sigamos algunos trazos esenciales de esta visión unitaria.

³⁴ “...pero los seres pueden estar también provistos de un cuerpo, en otras condiciones: en efecto, el alma del sol está ligada a un cuerpo, como también toda la creación, de la que dice el apóstol: ‘Toda la creación gime y padece hasta el presente, dolores de parto.’” (*Sur Jean*, op. cit., I, 17,98).

En *Contra Celso* V,II afirma Orígenes que los astros rezan al Padre por el Hijo; el *De Oratione* exhorta a rezar por la fidelidad de los astros, etc.

I. Dios lo ha hecho todo para el hombre

Orígenes se explaya en un riquísimo pasaje de *Contra Celso*³⁵ en este motivo, central también en su primera homilía sobre el Génesis³⁶.

Celso objeta expresamente, el que Dios lo haya hecho todo para el hombre. Orígenes le replica que con ello no sólo objeta a los cristianos, sino también a quienes considera sus amigos, “los filósofos del pórtico”.

“Porque ellos sitúan con buen derecho al hombre, y en general, a la naturaleza racional (*tèn logikèn fysin*), por encima de todos los seres sin razón (*álogoi*)... Los seres racionales, que son las creaturas principales, desempeñan el papel de los niños puestos en el mundo, los seres sin razón e inanimados, (desempeñan el papel) el de la placenta creada con el embrión”³⁷. Más adelante, desarrolla Orígenes la grandeza del hombre, que inserto en un mundo con animales dotados de más fuerza, se ve requerido a desarrollar su inteligencia en las artes y el cultivo de todo su entorno, para ayudar a su inteligencia;

“La indigencia de aquello que es necesario para la vida ha producido, pues, el cultivo de los campos, el de la viña, la jardinería, la técnica de la madera y la del hierro, que fabrica útiles por medio de las artes que sirven a la adquisición del alimento...”³⁸.

Cuando Celso objeta, luego, un verso de Eurípides —‘el sol y la noche están al servicio de los mortales’³⁹— Orígenes responde, refiriéndose al gran dramaturgo griego:

“Aquel que fue oyente de las lecciones de Anaxágoras acerca de la naturaleza, y que es considerado el filósofo de la escena, lo dice igualmente: es al servicio de todos los seres racionales, designados por sinécdoque como un solo ser racional, el hombre, que

³⁵ *Op. cit.*, Lib. IV, 74ss.

³⁶ *Op. cit.*, I,12.

³⁷ *Contra Celso*, *ibid.*, n.74.

³⁸ *Op. cit.*, n.76.

³⁹ Eurípides, *Fenicias* 545s. Yocasta describe a su hermano Etéocles, las ventajas de la igualdad: “Y cuando el sol y la noche están al servicio de los mortales ¿no soportarás tú, acordar a tu hermano una parte de herencia igual a la tuya? ¿Dónde está, entonces, la justicia?” Orígenes cita también este pasaje, en *Contra Celso* Lib. IV,30, precisamente en el contexto de una explicación del hombre, creado “a imagen y semejanza” de Dios.

están las cosas que tienen un lugar en el universo, designadas también por sinécdoque como 'el sol y noche'" ⁴⁰.

También sale Orígenes al encuentro de otra objeción bastante sofisticada de Celso; no puede afirmarse con mayor legitimidad que los animales son para el hombre, o que los hombres son alimento de los animales, como sucedió también, "antes de que existiesen ciudades, artes y los vínculos sociales de hoy". Siguiendo un procedimiento similar al que emplea para interpretar las Escrituras —de explicación inmanente del texto sagrado por el texto sagrado mismo— Orígenes aduce otro texto, donde Celso afirma que el mundo es increado e incorruptible. La respuesta de Orígenes trasluce una interesante perspectiva hermenéutica referente al tiempo. Responde Orígenes:

"Por lo tanto, dado que no se puede hablar de su comienzo, si se supone el mundo increado, tampoco puede encontrarse algún tiempo, ahí donde no ha habido absolutamente ciudades ni artes... Pero si el mundo existe gracias a la Providencia, y si Dios vela sobre el todo, era necesario que pequeños destellos de aquello que es el género humano, hayan sido puestos, al principio de su existencia, bajo la custodia de seres superiores, de manera que haya habido desde el origen un lazo social entre la naturaleza divina y los hombres" ⁴¹.

Aparte de la neta vinculación del tiempo con el devenir humano histórico, este texto sitúa incluso a esos seres superiores —los ángeles— al servicio del hombre. Un tema que retorna en Orígenes, y lleva aquí a la constatación de un "comercio", un intercambio" (*epimixian*), por mediación de los ángeles, entre Dios y los hombres. Orígenes confirma esta constatación con relatos bíblicos que presentan a los primeros hombres escuchando la voz divina, y recibiendo visiones de ángeles de Dios que los visitan. Convenía que hasta el momento en que, por el progreso en la vía de la inteligencia, las demás virtudes, y en la invención de las artes, pudieran valerse por sí mismos, los hombres hayan tenido esos auxilios especiales" —continúa Orígenes ⁴².

Hemos aludido aquí y en otro trabajo anterior ⁴³, a ciertos errores neoplatónicos, filtrados en la concepción antropológica de Orígenes. Sin embargo, es preciso advertir el contexto de estas ambigüedades o errores, en sus formulaciones. El punto de par-

tida de su exposición es la *intelección de la Salvación de Cristo manifiesta en la Escritura*. Desde el mismo punto de partida, esta intelección se reconoce inserta dentro del cuerpo viviente de la Iglesia, y por ello, subordinada al "pensamiento de la Iglesia" ⁴⁴. Sin embargo, por lo mismo, Orígenes toma profundamente en serio cada uno de los textos del Libro Sagrado, desarrollando un procedimiento hermenéutico de singular coherencia y rigor atento a la significación de las palabras. Desde el inicio se hace sentir el aliento vigorosamente especulativo de la hermenéutica de este gran alejandrino. Su interpretación lo lleva a cuestionar los fundamentos del lenguaje humano mismo. Cuando Celso exhorta a los cristianos a que no hagan cuestión del nombre, y accedan al menos a llamar Zeus a su Dios, Orígenes deja entrever hasta dónde lo preocupa esta cuestión: "Es preciso responder, que este tema toca la cuestión profunda y misteriosa de la naturaleza de los nombres. ¿Son ellos, como cree Aristóteles, convencionales? ¿o según la opinión de los estoicos, sacados de la naturaleza; (de manera que) los primeros vocablos imitan los objetos que están en el origen de los nombres —óptica según la cual ellos proponen ciertos principios de etimología? ¿O bien, según la enseñanza de Epicuro, diferente de la opinión del Pórtico, los hombres existen naturalmente, (de manera que) los hombres emitieron vocablos conformes a las cosas?" ⁴⁵.

Orígenes ha tomado posición frente a este problema, y no simplemente en relación a los grandes pensadores griegos y sus escuelas, sino frente a la cosa misma, abordada desde su horizonte viviente, donde contempla también manifestaciones que hoy llamaríamos "parasicológicas". Frente a tales manifestaciones sedicentes "mágicas", adelanta la opinión de que no es improbable, el que por el conducto de tradiciones antiquísimas se conserve todavía la memoria de palabras que mantienen aún su fuerza primigenia al pronunciarse, de manera que los elementos las obedezcan. También en este detalle aparentemente pintoresco, se aprecia la nitidez decidida de su *aproximación histórica* al problema. De ahí su objeción a Aristóteles:

"Por lo tanto, también aquí digo que la naturaleza de los nombres no se reduce a las definiciones convencionales de aquellos que las dan, como cree Aristóteles. Porque las lenguas en uso entre los hombres, no tienen su origen de los hombres..." ⁴⁶.

⁴⁰ *Contra Celso*, op. cit., IV, 77.

⁴¹ *Ibid.*, n. 79. A continuación aduce un texto de Hesiodo.

⁴² *Ibid.*, n. 80.

⁴³ A. Edwards, *Vida-muerte*. Revista Universitaria n.2 (1979):

⁴⁴ *Sur Jean*, op. cit., Lib. V, VIII.

⁴⁵ *Contra Celso*, I, 24.

⁴⁶ *Op. cit.*, V, 45.

Junto con atribuirle todo el peso riguroso a la significación de las palabras, Orígenes advierte que el texto sagrado pone al hombre en comunicación viviente con Dios y con los ángeles, y por ende le compete, tanto al hombre como a los ángeles, la cualificación de “seres inteligentes”. Pese a los refinados recursos humanistas de que dispone su época —en cuanto a distinción en géneros literarios e interpretación— Orígenes no puede salirse de su época, para la cual interpreta la Escritura. Ni tiene por qué hacerlo. Es así como afirma que “ángel” y “hombre” designan en la Escritura a *la misma substancia* (epi gâr toû autoû hypo-keiménou. . .) ⁴⁷.

Ahora bien, en tanto “seres inteligentes” y en cuanto participen de la redención de Cristo, los ángeles forman parte, sin duda, de la Iglesia, aún cuando difieran *ontológicamente* del ser humano, y aun cuando Juan Bautista haya sido hombre y no “ángel” ⁴⁸.

De cualquier manera, el peso de su argumentación aquí, como también de la que rodea a su errónea concepción de la *preexistencia de las almas espirituales*, gravita en el hecho de que las creaturas inteligentes participan del único lenguaje y de la única vida de Cristo:

“Si el primogénito de toda creatura se encarnó por amor hacia los hombres, no es de admirar que haya habido émulos e imitadores de Cristo, que hayan puesto su complacencia en *servirle entre los hombres, con un cuerpo semejante al suyo*” ^{48 bis}.

Orígenes tiene una preocupación netamente especulativa: retener y comunicar una *visión unitaria* del destino humano. Y en su época tiene urgencia prioritaria el darla a conocer y explicarla con rigor, tal como se encuentra formulada en la Escritura. La línea expositiva que absorbe máximamente su atención, es la centralidad del Verbo Encarnado. El Hijo es la única Palabra del Padre, atestiguada por toda la creación:

“El Salvador es entonces el Primero y el Ultimo; no de modo que no sea el medio, sino sólo los extremos, sino para mostrar que hizo ‘todas las cosas’ . . .” ⁴⁹.

Por eso, los atributos del Hijo están grabados por Dios en toda la Creación, esparcidos desde alfa hasta omega ⁵⁰.

Orígenes se sirve aquí y en otros pasajes, de un motivo recurrente en la literatura apócrifa —*las tablas del cielo*— para ilustrar este testimonio común de toda la creación, referido al Hijo de Dios ⁵¹. A continuación, desarrolla esta idea, en relación a la interpretación de la Escritura. “Si alguno es capaz de escrutar las Escrituras con cuidado, para discernir su sentido, encontrará sin duda muchas cosas referentes al ordenamiento y fin (de estos atributos), pero no pienso que lo encontrará todo. El principio y fin parecen más claros, según el hábito de designarlos en conjunto: así, los fundamentos son el principio de una casa, y la cornisa, su fin. Y porque Cristo es la piedra angular, conviene adaptar a todo el cuerpo unido de los salvados el paradigma según el cual Cristo, el Unigénito, es ‘todo en todos’: Es el Principio en el hombre que ha asumido, el fin en el último de los santos, ciertamente presente (tugjánon) entre quienes están en el medio . . .” ⁵². En Cristo, no sólo está el Principio, Medio y Fin de toda vida, sino también de todo lenguaje inteligente y de toda salvación:

“Ahora bien, el Salvador se ha hecho de manera mucho más divina que Pablo, ‘todo a todos’ . . . es cierto que se hizo hombre para los hombres y ángel para los ángeles . . .” ⁵³.

Ahora bien, la contextura de *este único lenguaje del Hijo de Dios*, es contextura de *vida y muerte* —dice Orígenes: “No habrá más dificultad para comprender cómo El está vivo y muerto y cómo, después de haber estado muerto, El está vivo por los siglos de los siglos” ⁵⁴. Sucede que El mismo ‘descendió a nuestra muerte’ (katébe epi tèn nekróteta hemôn) ⁵⁵. Esto quiere decir que toda creatura que desee participar de la plenitud de Cristo deberá descender con El hasta nuestra muerte, para recibir “su vida, que sucede a su muerte” ⁵⁶.

De una u otra manera, toda creatura inteligente —incluidos los ángeles— está llamada a participar en la muerte de Cristo para participar en su resurrección. Esta unción en la justicia es esencial a toda creatura inteligente ⁵⁷:

“Así como El es la ‘luz de los hombres’, la ‘luz verdadera’ y la ‘luz del mundo’, porque esclarece e ilumina las inteligencias de

⁴⁷ *Sur Jean op. cit.* II, 144.

⁴⁸ Entre los “ángeles” lo considera Orígenes en *Sur Jean, op. cit.*, Lib. II, 145,186-187, aunque lo presente expresamente como *conjetura*.

^{48bis} *Op. cit.*, II, 187.

⁴⁹ *Op. cit.*, I, 219.

⁵⁰ *Op. cit.*, I, 221.

⁵¹ Cf. también *op. cit.*, I,68 y nota en p. 94s.

⁵² *Op. cit.*, I, 224s.

⁵³ *Op. cit.*, I, 217.

⁵⁴ *Op. cit.*, I, 227.

⁵⁵ *Ibid.*

⁵⁶ *Ibid.*

⁵⁷ *Op. cit.*, I, 191.

los hombres, y en general, de todos los seres inteligentes, así también es llamado 'la resurrección', porque hace rechazar todo lo que es muerte y porque suscita la vida, llamada vida en sentido pleno: porque aquellos que le reciben verdaderamente en sí, resucitan de entre los muertos. El hace esto, no sólo por el momento (epi toû parouñtos), para aquellos que pueden decir 'hemos sido sepultados con Cristo por el bautismo' y hemos resucitado con El, sino más bien para cualquiera que marche en una vida nueva, luego de haber depuesto totalmente la muerte, aún la del Hijo; en efecto —aún cuando hemos sido socorridos de manera tan admirable—, todavía llevamos aquí abajo en nuestro cuerpo la muerte de Jesús, para que la vida de Jesús sea manifiesta en nuestro cuerpo"⁵⁸. Para Orígenes, la contextura misma de la historia universal —incluidos todos los seres personales creados— es un *estar sepultados con Cristo y resucitados con El*, no sólo "por el momento" (epi tou parouñtos). Este es el Evangelio que pone de manifiesto los misterios revelados y los asuntos de los cuales son figura tales acciones⁵⁹. Orígenes da por supuesto que este evangelio ha sido anunciado —conforme al mandato de Cristo— en *todo el cosmos*, por las creaturas inteligentes que adhirieron a él:

"...no sólo en este lugar terrestre, sino en todo el sistema del cielo y la tierra o de los cielos y la tierra"⁶⁰.

De este único evangelio "los hombres y los ángeles son los ministros... los principados, las potestades, los tronos, las dominaciones y todo nombre que se puede nombrar, no sólo en este siglo, sino en el venidero"⁶¹.

Toda la obra de Orígenes está impregnada por un propósito primordial: interpretar con rigor coherente, la significación de la Escritura, teniendo en cuenta que es *un único libro* que comunica a los hombres los designios salvíficos de Dios.

Ahora bien, su interpretación brota de la firme conciencia acerca de la *amplitud abarcante y unitaria del evangelio de Cristo*. Su gran esfuerzo se centra en *no reducir ni recortar* esta amplitud total, con exclusivismos estrechos. De ahí que al interpretar el Prólogo del evangelio de Juan —"la vida era la luz de los hombres"— objeta a quienes le atribuyen a esta formulación una estrechez que excluye a todo aquel que no sea hombre⁶². Su obje-

⁵⁸ *Op. cit.*, I, 181s.

⁵⁹ *Op. cit.*, I, 40.

⁶⁰ *Op. cit.*, I, 87.

⁶¹ *Op. cit.*, I, 88.

⁶² *Op. cit.*, II, 143.

ción recae sobre *el procedimiento interpretativo* de quienes sostienen esa sentencia: Quien piensa así —dice Orígenes— "pensará parejamente, que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob, no es el Dios de alguien más, fuera de esos tres patriarcas. Y sin embargo, El es también el Dios de Elías y, como lo dice Judith, el Dios de su padre Simeón y también el Dios de los Hebreos. Por eso, si nada impide que sea también el Dios de otros hombres, por la misma razón nada impide que la luz de los hombres sea también la luz de otros diversos de los hombres (kai hetéron parà toûs anthrópous fôs)"⁶³.

A continuación se ocupa Orígenes de la sentencia de "algún otro" que sostenga "que todo lo que ha sido creado a imagen y similitud de Dios, es hombre"⁶⁴. Situándose en esta perspectiva, constata Orígenes que, según el parecer de todos, entre aquellos que son hombres se encuentran *ángeles*⁶⁵, así como también se ha llamado *hombres* a los ángeles de Dios. La explicación es característica:

"...llevan el título de ángeles en virtud de su cargo y no de su naturaleza" (parà tò érgon toûto jremázousi kài où parà tèn fysin)⁶⁶.

Orígenes toma posición favorable ante esta sentencia, aduciendo una razón válida dentro de la perspectiva de una ontología del lenguaje:

"Se justificará este punto de vista tanto más, cuanto para las potencias superiores los nombres no se dan según los nombres de las naturalezas vivientes, sino (según) las tareas encomendadas por Dios a tal o cual naturaleza espiritual. Tronos, principados, virtudes, potestades, no son formas vivientes, sino *nombres de operaciones asignadas* a quienes llevan esos títulos y cuya substancia no es algo diverso del hombre..."⁶⁷.

Como es posible apreciar, Orígenes logra presentar una *visión unitaria* de la Salvación de Cristo. La vida, y el lenguaje de la vida, mantienen su *contextura dinámica*, del todo superior a la "muerte" esclerotizada de la sola "letra". El hombre tiene en esta visión un lugar central. Pero no en virtud de su "naturaleza humana". No es el hombre, de su yo y para sí, el metro de todo,

⁶³ *Ibid.*

⁶⁴ *Op. cit.*, II, 144.

⁶⁵ *Op. cit.*, II, 145. Cita a Ageo 1,13, confundiéndolo con Zacarías; Cita además a Mal. 3,1 y Mc. 1,2.

⁶⁶ *Ibid.*

⁶⁷ *Op. cit.*, II, 146. Subrayado por mí.

como lo presentan Protágoras de Abdera y los sofistas. El hombre es el centro de la historia *en Cristo*, que descendió a nuestra muerte y se hizo hombre. Sin endurecerse en un "antropocentrismo" polarmente contrapuesto a un "teocentrismo", la visión de este gran especulativo logra comunicar *el único lenguaje de la vida*, que reconcilia todos los contrarios, en *el Verbo de Dios hecho Hombre*.

NOTA ACLARATORIA

En el número anterior de nuestra Revista —nº 1/2 (1979), p. 104— se deslizó un error en el párrafo final de la nota de S. Paniagua, *Avicena latino y la cuestión teleológica en la fenomenología de Husserl*. Dicho párrafo está equivocado y debe leerse: "La diferencia entre las dos es grande y esencial, porque la Metafísica de Avicena es una filosofía *ateleológica* y la Filosofía Primera de Aristóteles es una filosofía *teleológica*. Y ésta es una verdadera ciencia, por supuesto, como Edmund Husserl dijo."

LA TEOLOGIA DE LOS "EJERCICIOS" IGNACIANOS Y LA FILOSOFIA HEGELIANA DE LA RELIGION

por E. BRITO, S. J. (Sto. Domingo, Rep. Dominicana)

Lo decisivo en la visión de Ignacio —sacada, como en todos los grandes fundadores, inmediatamente del Evangelio— consiste en que para ella el cumplimiento del Reino de Dios puede ser buscado como la plena operación de Dios en la activa cooperación de la criatura¹. Ignacio no adopta la formulación metafísica del "abandono" cristiano por la mística alemana², en la prolongación del esquema antiguo de la forma (Dios) y de la materia (la criatura). La "indiferencia" ignaciana no requiere, por tanto, ser ejercitada como una aniquilación del propio ser y de la propia voluntad de la criatura³. La entrega del hombre, "honrada" por Dios, participa, gratuita y libremente, en el acto de elección de Dios mismo⁴. La existencia "para la mayor gloria de Dios" se sumerge en esta gloria, se pone, con todas sus fuerzas enteramente a su disposición, y así la irradia por gracia. Tal es el núcleo más íntimo de la cultura barroca⁵, edificada sobre la idea de "representación": como un virrey, el hombre representa mejor a su Señor mientras más plenamente pone todas sus fuerzas al servicio del pensar y del querer soberanos; sin perder su consistencia humana, deja transparecer en él al que lo envía⁶. La Gloria divina ya no tiene que destruir su receptáculo —como en Eckhart, Ockham y Lutero—⁷ para revelarse en su carácter único: la representación humana manifiesta el auténtico Señorío de Dios⁸. En este punto preciso —la articulación de la infinita Majestad divina y de la finitud humana creada, sólo como mortal refutación o también como pascual confirmación— se sitúa el debate, tan actual⁹, entre el despliegue de la intuición luterana en

¹ Cfr. G. Fessard, *La dialectique des Exercices Spirituels de saint Ignace de Loyola*, Aubier, París, 2 tomos (1956, 1966).

² Cfr. H. U. von Balthasar, *Herrlichkeit*, Johannes Verlag, Einsiedeln, 1965, tomo 3/1, p. 457.

³ *Ib.*, pp. 390-406.

⁴ *Ib.*, p. 457.

⁵ *Ib.*, pp. 457-458.

⁶ *Ib.*, p. 458.

⁷ Sobre la ambigüedad del Barroco, cf. *Ib.*, pp. 464-465.

⁸ *Ib.*, pp. 380-382, 455.

⁹ *Ib.*, p. 460.